guntó la señora Féroud después de un instante de silencio.

— Precisamente se trata de defenderla contra su madre — dijo sordamente nuestro amigo.

La joven miró un instante á su hija que jugaba junto á ella, y dió un profundo suspiro.

— Santiago no se negará, señor Ratier — dijo; — Ahora tengo la seguridad de ello.

— Por lo demás — repuso el joven, — sólo sería por veinticuatro horas, y espero no tener necesidad de molestar á ustedes.

He venido porque hay que preverlo todo. Me ausento de París por uno ó dos días con... — no se atrevió á decir con amigos... — con unos conocidos.

— ¿Y esa joven? — preguntó tímidamente la señora Féroud.

— Se queda aquí; precisamente porque yo no estaré es por lo que he venido á hablar de ella.

La joven miró con inquietud á Ratier, y no se atrevió á dirigirle una pregunta que le quemaba los labios.

— Es una extranjera — dijo en respuesta á aquella muda interrogación; — crea usted que es digna de compasión...

—Y usted... ¿la ama?

— Como un hermano — respondió bruscamente el joven levantándose; — se casará con un hombre rico, porque le gusta el lujo y está acostumbrada á él; pero es muy buena. Adios y gracias; pasado mañana por la noche volveré.

Se marchó más tranquilo, dejando á la buena señora Féroud muy asustada por la responsabilidad que había asumido; su curiosidad le hacía desear que la joven desconocida necesitase de su protección y al mismo tiempo temía alguna peligrosa complicación. Estuvo preocupada hasta la noche.

Mientras se dirigía á su casa, ocurriósele á Ratier informarse de si sus planes habían tenido buen éxito. La empresa que había concebido era indudablemente aventurada; hacer que la señora Slavsky abandonase

París á una hora determinada sin mezclarse directamente en sus asuntos, era una cosa problemática. Bastaba con que Barba tuviese jaqueca ó con que el coronel se hubiese retrasado para que todo se lo llevase la trampa.

Pero Ratier conocía el corazón humano, y especialmente el de las personas que le divertían y á las que estudiaba con más detenimiento; sabía que Sajón era una palabra mágica contra la que Barba no resistiría; sabía también que el coronel no decidiría nada sin consultarla y que, por consiguiente, para sustraerse á las congojas de la indecisión, la consultaría inmediatamente. Así pues, sacando su reloj, que llevaba aquel día, se dijo tranquilamente:

— Las tres y media; la señora Slavsky debe pasar como una flecha por delante de Bumoy; vamos á ver si es verdad.

Dirigióse hacia la calle de Miromesnil y preguntó á la portera:

— ¿La señora Slavsky?

— Acaba de salir hace cosa de una hora, caballero. La señorita está arriba.

— Gracias — dijo Ratier retirando la cabeza del ventanillo. Permaneció un momento indeciso. Grande era su deseo de ver á Catalina, pero un sentimiento de delicadeza le prohibía aprovechar la ausencia de la madre.

Después de vigilar durante breves momentos, se decidió por un término medio y escribió con lápiz en una tarjeta:

«En caso de necesidad urgente irá de mi parte á Montmartre, castillo de Brouillard, calle Girardors; preguntar por la señora Féroud.»

Firmó con una R, metió la tarjeta en un sobre que compró en una papelería cercana; puso como dirección: *A la señora ó á la señorita Slavsky. Urgente*, y la mandó con un recadero, al que siguió.

Mientras hacía esta operación, permaneció en los alrededores de la casa donde vivía la joven y adquirió

el convencimiento de que, como la señora Slavsky no estaba en su domicilio, la tarjeta iría directamente á su destino.

En efecto, el recadero volvió al cabo de un momento.

— ¿Y bien? — preguntó Ratier.

— La señora ha salido — respondió aquél; — la señorita es la que la ha recibido. No hay respuesta.

Nuestro héroe marchóse alegremente á su casa. Al cabo de media hora subía la escalera de la del coronel tarareando una canción.

Boleslas había salido, y Josia arreglaba la maleta de su principal; era la tal maleta un baúl-mundo perfectamente arreglado para las mudanzas rápidas. Pequeños compartimentos acolchados servían de asilo protector á toda clase imaginable de frascos, así como al peine de plomo, á las barras de cosmético, á los botecillos de opiota y á todo lo que componía el tocado ordinario y extraordinario del coronel. El famoso neceser de plata estaba también cuidadosamente embalado en su bolsa de cuero leonado. Ratier se acercó al baúl sin el menor respeto.

— ¡Pero es posible — exclamó — que haya quien cargue con tantas cosas! ¡Cuánto bote! ¡Esto parece el tocador de una mujer coqueta!

Josia le miró con aire de reproche.

— Usted no necesita tanta cosa — continuó el maldiciente, — para teñir sus lindos cabellos de rubio oscuro.

— Yo no me tiño el pelo — contestó ingenuamente el secretario.

— ¿De veras? pues yo creía que...

Cambiando de tono apoyó Ratier familiarmente el brazo sobre el hombro de su cándida víctima.

— Sé — le dijo afectuosamente, — que no se tiñe usted ni el pelo ni los ojos, amigo mío, pero sé también otra cosa. La señora Slavsky ha salido hace poco ¿verdad?

Asustado por haber hecho traición á su secreto que debía guardar, Josia se estremeció y no se atrevió á responder.

— Otra pregunta, amigo mío — continuó Ratier — ¿cuándo sabrá usted mentir con gracia?

Josia se ruborizó como una joven bien educada á la que se le habla de su casamiento eventual, y no supo qué contestar.

— Y sin embargo, se ha educado usted en buena escuela — repuso imperturbablemente Ratier. — Pero es usted un mal discípulo. Es demasiado simple ¿verdad? Por lo menos, así me lo ha dicho usted. Y me alegro, créalo. Pero volvamos á la señora Slavsky. Se ha marchado ¿verdad?

— ¿Quién se lo ha dicho á usted? — preguntó Josia que creyó encontrar una salida en la pregunta.

— ¿Qué quién me lo ha dicho? — repitió Ratier — ¡Dios mío, pero que ambiguo se vuelve usted, cándido Josia! Ese es un rasgo de ingenio. Hace usted progresos en el arte de la duplicidad y siento haber afirmado hace un momento lo contrario. Eso significa: ¿quién le ha dicho á usted que la señora Slavsky se ha ausentado? y no indica ni mucho menos que, en efecto, se haya marchado. De este modo no miente usted, y sin embargo, se mantiene cerca de la verdad. ¡Ah, Josia, amigo mío, hace usted progresos!

— No tenía ninguna intención de mentir — dijo Josia completamente turbado y pronto á romper en llanto; tan nervioso se sentía bajo aquella lluvia de cuchufletas.

— ¡Cuidado alma cándida y virtuosa, tierno lirio de Sarón, cisne blanco de este valle de lágrimas, cuidado, que así es como se desliza por la pendiente del vicio! Decíamos pues que se ha marchado en el tren de las tres y cinco, línea de Pontarlier á Sajón, por Lausanne.

Josia, desesperado, permaneció en silencio, con la cabeza gacha y los brazos colgando.

— Josia, mi otro yo; parece usted un asno al que apalean; eso me reconcilia con sus virtuosos senti-

mientos. Se ha ido sola y Katia se ha quedado... ¿sola también?

— Con miss Amroth — respondió el secretario siempre confuso.

— Ya sé yo quien va á rondar mañana durante todo el día por la calle de Miromesnil. Digo más: ya sé á quien sorprenderán hoy al atardecer los guardias de orden público suspirando debajo de los balcones de un tercer piso, ó recogiendo todas las cáscaras de naranja esparcidas por aquel barrio.

Josia continuaba guardando un silencio taciturno y se ponía cada vez más colorado; su verdugo tuvo compasión de él.

— Los dos queremos bien á esa encantadora joven, ¿verdad, Josia? Pues bien, ahora soy yo quien le aconsejo que ronde esta tarde y mañana tempranito; la mamá se va, lo cual es siempre una ventaja. No me mire usted con esos ojos de carnero degollado, porque con eso no me hará usted cambiar mi opinión sobre la madre; pero no faltan redes; la condesa entre otras. Esa condesa es mi obsesión. No lejos de la casa adorada hay un café; se almuerza mal, pero la cerveza es regular; almuerce usted allí, mi joven amigo, y pásese allí el día; velará usted porque no nos roben el precioso tesoro.

—Pero — dijo Josia, quien, durante este discurso, había recobrado poco á poco su serenidad, — pasar el día en el café cuesta caro.

— Y el coronel se ha olvidado de llenarle á usted el bolsillo ¿verdad? ¡Excelente coronel! Habrá hecho como la tierna Barba, que no estoy muy seguro de que le haya dejado á su hija de qué comer. Pero Katia se alimenta de chocolate, y aunque miss Amroth ayune un poco, no creo que eso le haga daño. Pues bien, querido Josia, amigo de mi alma, aquí tiene usted dos luises — perdóneme usted que nunca dije Napoleones; — se los presto; ya me los devolverá usted cuando su tutor le rinda cuentas de la tutoría, ó bien cuando se digne abandonar este pícaro mundo, lo cual

es más probable que rendir cuentas. Vaya usted, amigo mío, y que la cocina de ese café le sea ligera.

En aquel momento entraba el coronel y le sorprendió ver pasar dos luises de manos de Ratier á las de su secretario.

— Pago mis deudas, coronel — dijo el francés; — no tenemos la vida asegurada y tengo por principio no viajar nunca sin saldar mis deudas.

— ¿Debía usted dinero á Josia? — preguntó asombrado Boleslas.

— Hace dos años y medio, coronel; he encontrado esa deuda en mis libros; porque yo llevo mis libros.

— Como yo — dijo el coronel — sino ¿dónde habríamos ido á parar?

— Eso digo yo — replicó inocentemente Ratier — ¿dónde habríamos ido á parar?

Mientras el coronel examinaba su maleta, díjole nuestro amigo aparte á Josia.

— Devuélvame usted el dinero, porque sino se lo pedirá prestado para jugar. Diga usted que me ha encargado que pague con él una deuda pendiente en el café.

Antes de que Josia le hubiese siquiera entendido, metióle Ratier hábilmente los dedos en el bolsillo del chaleco y sacó de él las dos monedas de oro.

— Luego se los devolveré — díjole en voz baja. — Tengo que hacer un encargo; vuelvo en seguida. ¿Se le ofrece á usted algo, Josia?

El amor y el peligro dieron al joven fuerza para mentir.

— Puesto que sale usted, Ratier — balbuceó sin atreverse á levantar los ojos, — hágame el favor de pagar una deuda que tengo en el café de...

— Comprendido — dijo Ratier, ya sé. Dé usted por hecho el encargo.

Salió. Apenas estaba en la escalera, cuando Boleslas se acercó á su secretario.

— Usted no necesita dinero, Josia — le dijo; — présteme usted, por consiguiente, esos dos luises; á mi

vuelta se los pagaré.

— Acabo de dárselos á Ratier para que pague una antigua deuda — dijo Josia animado por la idea de que, aunque de un modo indirecto, defendía á Catalina.

— Lo siento — replicó el coronel frunciendo las cejas; esa deuda habría podido esperar... ¿No tiene usted nada más?

— Tengo un franco y setenta y cinco céntimos, coronel — apresuróse Josia á contestar.

— Guárdelos usted — dijo generosamente Boleslas; — le servirán para que se divierta durante mi ausencia.

— ¡Valientes diversiones! — dijo Ratier que acababa de entrar; — ni siquiera se había tomado el trabajo de llegar á la puerta de la calle; — ¡Valientes diversiones las de Josia! ¡á treinta y cinco sueldos cada una! Pero no conviene corromper á la juventud. La comida está en la mesa, coronel; démonos prisa si no queremos perder el tren.

En el momento de partir, deslizó Ratier los dos luises envueltos en un papel en la mano de Josia, que estrechó, y le dirigió una mirada llena de consejos, á la que el secretario contestó con otra llena de promesas y de confianza.

Cuando bajaban del coche en la estación de Lyon, la mirada de lince de Ratier vió á Remisof que se paseaba con aire furibundo, deteniéndose de vez en cuando como un hombre sobresaltado é impaciente.

— ¡Qué hermoso y que majestuoso está en su furor! — pensó Ratier. — ¡Parece un león enjaulado!

Mientras deslizaba en el bolsillo del coronel el importe de los billetes, que llevaba preparado, acercóse á Remisof, que no le había visto.

— ¿Ha comprado usted ya su billete? — le preguntó con amabilidad.

— No. ¿Cree usted que me habría hecho gracia irme solo á Sajón? ¿Y si usted no hubiese venido?

— Hubiese usted perdido el importe del billete y nada más.

— ¡Perder el importe del billete! ¡qué fácil es decir eso! Yo soy un hombre ordenado, Ratier; no habría perdido el dinero; me habría ido solo, y ya comprende usted el papel ridículo que habría hecho solo...

— Ya me contará usted eso en el vagón, mi querido amigo — interrumpió Ratier viendo á Boleslas dirigirse hacia ellos con ese aspecto de perro perdido que caracteriza á las personas, hasta á las más inteligentes, cuando andan de un lado á otro buscando á alguien en una estación de ferrocarril.

— Tome usted en seguida su billete; yo le garantizo que no lo perderá; le aguardo en la sala de espera.

Remisof se dirigió hacia la taquilla, dando codazos á los viajeros á derecha é izquierda y pisando á todo el mundo.

En el preciso instante en que se mezclaba con la gente, Boleslas, más mareado que nunca, se sintió cogido por el cuello por Ratier que le empujó hacia la sala de espera.

— Coronel — díjole el francés, — busque usted un rincón, un vagón para nosotros solos si es posible.

— ¿Pero no viene usted?

— Voy á comprar los diarios — respondió tranquilamente Ratier. — Vaya usted ó de lo contrario no encontraremos sitio cómodo.

Boleslas fué de vagón en vagón metiendo en todos lados la cabeza, hasta que encontró un departamento libre, del que tomó posesión colocando en los asientos su abrigo, su bastón y su maleta; luego se sentó junto á la portezuela.

El número de viajeros era crecido y Boleslas experimentó terribles emociones; ¿serían cuatro, seis ú ocho en su departamento? Afortunadamente la vista de los objetos, sabiamente esparcidos por él y por otros dos viajeros que habían subido detrás de él, ahuyentó á los apocados y pudo creerse dueño de la situación.

Sí, pero Ratier no llegaba. Cerrábanse ya las portezuelas de los vagones. — ¡Señores viajeros al tren! —

gritó el empleado á los viajeros rezagados; ¡y Ratier sin comparecer!

Por fin, en el último momento, el coronel, que había abierto ya dos veces la portezuela, vuelta á cerar por el empleado, vió llegar corriendo á su amigo; ¡pero no iba solo!

¿A quién diablos puede traer? — se preguntó inquieto Boleslas.

— ¡Deprisa, señores! — gruñó el conductor del tren.

Ratier cayó como una bomba sobre Boleslas, al que arrojó en su asiento, y detrás de Ratier rebotó sobre sus angulosas rodillas Remisof.

La portezuela se cerró ruidosamente, el agudo silbido del jefe de estación ensordeció los oídos, respondió el de la máquina, una sacudida precipitó á Remisof en los brazos de Boleslas, y los dos se miraron frente á frente y se reconocieron.

— ¡El demonio!... — murmuró Remisof.

— ¡Santo Dios!... — exclamó el coronel.

Ratier, muy sereno, los miró sin echarse á reir; todo su ser interior bailaba de alegría, pero lo supo disimular y continuó mirando á los dos enemigos á los que acababa de encerrar juntos por un buen rato, admitiendo que uno de los dos se decidiese á bajar en la primera estación, Fontainebleau.

— ¡Bah! antes se habrán reconciliado — se dijo Ratier. — Sería lástima, y además Remisof no querría perder el dinero del viaje. El mismo lo ha dicho.

La locomotora silbaba de un modo estridente; al atravesar los talleres, Remisof se inclinó al oído de Ratier:

— ¿Por qué está aquí este imbécil? — le dijo.

— No he podido evitar que viniese — respondió Ratier encogiéndose de hombros; — es más pegadizo que la goma.

Los dos enemigos, reñidos no hacía todavía doce horas, lo cual hacía más difícil la reconciliación, lanzábanse miradas de reojo que no tenían nada de dulces; Ratier se empeñó en obligarles á dirigirse la palabra.

— Usted ignora — díjole á Remisof que se había sentado á su lado — que el coronel está desde esta mañana en posesión de un invento nuevo, prodigioso, que dará por resultado proporcionarle una verdadera fortuna.

— ¡Ah! — dijo Remisof con menos enfurruñamiento — me alegro mucho.

— Sí — continuó Ratier — se acabaron los apuros; este viaje es prueba de ello.

— ¿Ha encontrado usted fondos? — preguntóle Remisof al coronel.

Este, que estaba todavía bajo la impresión del recibimiento que su compatriota le había hecho aquella misma mañana, se contentó con responderle moviendo la cabeza.

—Más vale así — replicó Remisof tranquilizado al pensar que el coronel no le pediría ya nada.

Miró un instante por la portezuela, luego cruzó las piernas y esperó.

Como Boleslas no le decía nada, tomó el partido de dormir.

En Fontainebleau apresuróse á bajar y llamó á Ratier, que se hacía el sueco.

— ¿Por qué ha venido ese imbécil? — díjole señalando el departamento donde permanecía el coronel.

— ¿No lo adivina usted? — díjole Ratier con aire de conmiseración — porque su corazón está allí. Y señaló hacia el sudeste. — ¿Qué quiere usted que haga en París?

— ¡A su edad! — murmuró Remisof, poco indulgente con las humanas debilidades; — ¡debería darle vergüenza!

— No me parece á mí así — replicó Ratier con un tono más serio que de costumbre. — Precisamente esa adhesión de perro es la que me conmueve y lo que disculpa el género de vida de esa gente. Su disculpa, si alguna tienen, es que, en el fondo, se aman.

Remisof le miró con estupefacción.

— Sí, se aman á su modo, un modo extraño, convengo en ello, pero cada uno de ellos no ama en el mundo más que al otro, y eso quizá les será tenido en cuenta. Por lo demás, no necesito decirle á usted que de los dos el coronel es el que más vale.

Remisof indicó con un ademán que le era indiferente, y ambos volvieron á subir al vagón.

En la estación siguiente, fué el coronel el que invitó á Ratier á bajar.

— ¿Por qué ha metido usted en nuestro vagón á ese pedazo de bruto?

— ¡Pero si yo no le he hecho subir! — dijo con el tono de la más perfecta inocencia Ratier; — me encontró en el puesto de los periódicos, se unió á mí y no me ha dejado.

—¿Qué va á hacer á Ginebra? — preguntó el coronel después de haber reflexionado un momento.

— No lo sé; creo que á comprar un reloj... no estoy seguro de ello.

El coronel no contestó, y nuestros viajeros reanudaron su marcha hacia las montañas.

En Dijón, el buffet los reunió irresistiblemente. Ciertos estómagos, gracias á su feliz conformación, no pueden oir estas palabras: — ¡Diez minutos de parada! — sin soñar en seguida con un inmediato tente en pie. El de Ratier pertenecía á ese número. Boleslas lo imitaba maquinalmente, y Remisof por costumbre.

Encontráronse pues los tres reunidos en torno de un montón de sanwichs, y Remisof, que gustaba de hacer las cosas en grande, ofreció media botella de madera. ¿Cómo había de quererle mal Boleslas después de semejante acción? Ahogaron pues sus discrepancias en el dudoso madera del buffet, y muy pronto se durmieron con un sueño angelical que nada logró turbar.

Poco á poco, de estación en estación, transcurrió el día siguiente, y nuestros amigos, aburridos, cansados, deseosos ante todo de procurarse algunas horas de sueño, vieron por fin erguirse ante ellos las áridas y

enormes rocas que dominan á Sajón. Bajar del vagón, y correr hacia el casino, fué para Boleslas obra de un momento; Remisof no tenía prisa; desde la víspera por la noche se aburría y así se lo había manifestado á Ratier.

— ¡Qué quiere usted, amigo mío! — le había contestado el joven filósofo — la vida es de tal modo que siempre resulta aburrida. ¿No es lo mismo aburrirse en París que en tren?

¿Qué podía contestar Remisof? Así pues, no dijo nada. Pero al bajar del vagón cogió á Ratier por el brazo.

— Tenga usted entendido — le dijo, — que si no están ellas aquí tendremos que ajustar una cuenta usted y yo, porque significaría que se ha burlado usted cruelmente de mí.

Ratier le miró con aire plácido, y le dijo: — Esté usted tranquilo.

Sin mirar siquiera en el espejo de su neceser si sus patillas estaban menos negras que de costumbre, dirigióse Boleslas al Casino. Deseoso de no perder ni un minuto de su diversión, siguióle Ratier. Sólo Remisof, no quiso presentarse ante las señoras, sobre todo delante de Katia, con la ropa arrugada y las manos sucias; pidió una habitación y fué á embellecerse todo lo posible.

Boleslas atravesó con paso desdeñoso la primera sala, en la que se jugaban pequeñas cantidades y tenía la seguridad de no encontrar allí á Barba. Vióla, en efecto, no lejos de los *croupiers*, en un sitio muy tranquilo, y trabajando con un ardor que la hermoseaba.

Sentada en su silla y tan inmóvil como el obelisco de Louqsor, la señora Slawsky se daba á conocer al primer golpe de vista por una jugadora de mérito. Sólo su tocado hubiese bastado para indicar una larga costumbre del tapete verde. Ni encajes, ni adornos, ni mangas largas que impiden la libertad de movimientos y un abrigo completamente cerrado cubría una falda de color de polvo, sobria en adornos, una

verdadera falda de viaje, con la que cualquier mujer podía recorrer desapercibida toda Europa. Una pequeña capota, tal vez demasiado amarilla, sentaba admirablemente á su rostro, y un velo negro, levantado á medias, permitía cubrir aquel rostro en caso de pérdida ó de disgusto.

¡Qué hermosa estaba de aquel modo! Ratier se detuvo á contemplarla.

Tenía ante sí un montoncito de oro metódicamente alineado, y á cada vuelta de ruleta, extraía una, dos ó cuatro monedas que colocaba sobre los números que su inspiración le designaba. Imperturbable como el destino, continuaba colocando los luises con arreglo á misteriosas combinaciones de ellos sólo conocidas; la despiadada raqueta de los *croupiers* se llevaba su oro. Inmóvil, pero algo más pálida á cada vuelta, continuaba su serie con la implacable resolución de los jugadores.

— ¡Oh, Dios mío, pierde, pierde! — exclamó mentalmente Boleslas, que se había colocado en frente de ella, y la contemplaba demasiado emocionado para pensar en jugar por su cuenta.

— ¡No va más! — exclamó el banquero con voz sepulcral.

Contuviéronse las respiraciones al rededor de la mesa, reinó el silencio, cuando resonó de pronto el chirrido de la ruleta.

No hay nada tan curioso como observar las fisonomías que rodean una mesa de juego; los unos concentrados, apoplépticos, inyectado de sangre el rostro hasta la raíz de los cabellos, parecen prontos á estallar; los otros, nerviosos, mordiéndose los labios, apretando los dientes, arañando la mesa sin darse cuenta de ello, y pálidos bajo la triste claridad que entra por las ventanas, parecen, al verde reflejo del tapete, devorados por una enfermedad del hígado; algunos simulan una sonrisa, otros, parecen anunciar con su gravedad al universo que aquello les importa un bledo; los hay que siguen con la mirada el curso saltón de la bolita,

lo cual les produce una gran preocupación.

La señora Slavsky no aparentaba nada, seria y digna como una señora de su casa que recibe por vez primera una visita, esperó que la suerte pronunciase su sentencia.

— ¡Negro, impar y pasa! — anunció la lúgubre voz del banquero; y en seguida, en forma de lluvia de oro, se hizo sobre el tapete el reparto, entre entrecortadas respiraciones de los que ganaban y de los que perdían.

La señora Slavsky vió avanzar hacia ella, en la punta de una raqueta, un puñado de billetes de banco; había ganado y jugaba en grande.

Boleslas dió un suspiro de desahogo, tan profundo, que sus vecinos le miraron preguntándose donde había podido almacenar tanto aire. Barba alzó los ojos, lo vió, sonrió ligeramente entornando aquellos, como tienen por costumbre todas las mujeres miopes, y continuó su serie.

—¡Magnífico! — dijo Ratier echando un luis encima del número de su bella enemiga. Inmediatamente todos los jugadores desgraciados de la jugada anterior lo imitaron, y perdieron con él. La señora Slavsky jugaba además sobre seis números y ganó una cantidad modesta, pero segura.

Boleslas, al ver que Barba ya no perdía, ocupó la silla que acababa de dejar un jugador afortunado y puso manos á la obra.

Vosotros, empleados que pasáis las horas de diez á cuatro ocupados en revisar papeles; literatos que de la noche á la mañana dobláis la cerviz ante las cuartillas; pintores que estáis de la mañana á la noche de pie delante de vuestro caballete; profesores y profesoras de piano, todos, en fin, los que os podéis considerar como animales de trabajo ¿creéis que trabajáis y que los jugadores descansan? ¡Pues salid de vuestro error! ¡No hay labor comparada á la del jugador que toma en serio su oficio! Por eso se envejece de una manera tan rápida en la ruda tarea de meterse en el

bolsillo honradamente, bajo la segura protección del arrendatario del juego, el dinero ageno.

Boleslas puso, como decimos, manos á la obra, y, quien lo hubiese observado, se hubiera convencido de la seriedad de su trabajo. Jugaba con precaución, y al mismo tiempo con una maestría que demostraba lo familiares que le eran las emociones de aquel sitio. Ratier le admiró durante un rato, y luego, recordando que tenía que prepararle una desagradable sorpresa á Remisof, abandonó la ruleta, en la que, dicho sea de paso, había ganado algo jugando á tontas y á locas, y se dirigió hacia la puerta.

En el momento en que iba á esperarle, hizo Remisof su entrada recién afeitado, impecable, irresistible, salvo su aspecto huraño del que ¡ay! no podía desprenderse. Pero por lo demás, se presentó tal y como era, y no se habría cambiado por nadie de este mundo.

Seguro de oirse alguna impertinencia y comprendiendo que era demasiado tarde para lamentar, se hizo Ratier el tonto. Desandando lo andado entró en la sala de juego, y con una mirada señaló á su compañero de viaje á la señora Slavsky.

La mirada de Remisof le contestó con gran claridad: — No es eso lo que le pregunto á usted. — Y dió la vuelta á la sala sin encontrar, naturalmente, al objeto amado. Entonces, dirigiéndose más directamente á Ratier:

— ¿Dónde está la joven? — le preguntó al oído.

— No lo sé — respondió nuestro amigo.

— ¡Cómo! ¿no lo sabe usted?

— No, no lo sé, ¿cómo quiere usted que lo sepa? — volvió á decir con entereza Ratier. — ¿Hay modo de preguntárselo á su madre mientras juega? De valiente manera recibiría al preguntón. Pruébelo usted.

Remisof lo miró de reojo y se entregó á una minuciosa investigación del casino y de sus alrededores, con la ayuda de Ratier, respecto del cual empezaba á concebir una vaga desconfianza.

Cuando hubieron registrado todos los rincones y

mirado detrás de todas las cortinas, detúvose Remisof en el vestíbulo, mordiendo furiosamente el puño de su bastón y pulverizando á Ratier con sus irritadas miradas.

— Me temo — insinuó delicadamente nuestro amigo, — que no está aquí.

— Entonces ¿por qué me ha hecho usted venir? — gruñó Remisof sin dejar de morder el puño del bastón.

—¿Quién podía prever semejante cosa? — contestó Ratier con el candor de una niña. — Ya ve usted que no le había engañado; la mamá está allí.

En efecto, que la mamá estaba allí era indudable, y Remisof no podía refutar aquel argumento. Ratier sacó partido de su victoria.

— No es á la joven á quien conviene tener contenta— dijo con la más perfecta hipocresía, — sino á la mamá. Cáptese usted la voluntad de ésta y ha ganado la partida.

El razonamiento no convenció á Remisof; se enfureció, le hizo una escena á Ratier, y le dijo que había sido miserablemente engañado y que se marcharía en seguida.

— En seguida no — objetó Ratier sin perder su acostumbrada sangre fría; — mañana por la mañana.

—¿Cómo mañana por la mañana?

— Sí, amigo mío, mi excelente amigo; — ya ve usted que no soy rencoroso y que le llamo mi excelente amigo á pesar de las tonterías que me ha dicho usted hace un momento; no partirá usted hasta mañana por la mañana; no hay tren, y hay que dormir aquí; á menos que no prefiera usted partir á pie, con lo cual no adelantaría gran cosa.

— Está bien — gruñó Remisof con tono de amenaza; — voy á acostarme y mañana hablaremos.

— Mañana no — dijo Ratier reteniéndole por el brazo en el momento en que el ruso le volvía la espalda, — en seguida, si le parece á usted bien.

El tono del joven era tan serio, que Remisof se estremeció; era como una voz nueva que resonaba por

vez primera en sus oídos.

— Me está usted molestando — dijo con su ordinario malhumor.

— Usted, en cambio, me divierte mucho, señor Remisof; — estoy por consiguiente decidido á no dejar para mañana el placer de hablar con usted.

— ¿Qué quieren decir estas palabras? — murmuró el oso suelto; — ¿me engaña usted miserablemente y todavía he de aguantarle?

— Si no hubiese usted enseñado los dientes señor *de* Remisof — repuso Ratier — me habría contentado con engañarle miserablemente, como dice usted, lo cual es para mí un motivo de indescriptible alegría; pero se vuelve usted malo, y veo que va á ser preciso enseñarle á vivir.

— ¡Cómo! — dijo Remisof volviéndose por completo — ¿creo que me provoca usted?

— Que sea usted ó que sea yo quien provoque poco importa; el caso es que existe una provocación. Pues bien, sea; hace ya mucho tiempo que estoy harto. Sí, señor *de* Remisof, le he sacado de París, con la esperanza, realizada como ve, de que la señorita Slavsky no estaría aquí.

— ¿Y lo confiesa usted? — dijo Remisof sulfurado por la sangre fría de su interlocutor.

— Me alabo de ello — replicó Ratier, con un ademán burlesco, porque á pesar de la gravedad de la situación, que podía acabar en un conflicto serio, no sabía dejar de burlarse de Remisof. — Le he sacado á usted de París ¿sabe por qué? Para asegurar la tranquilidad de esa pobre niña, de esa honrada joven á la que ha hecho usted proposiciones deshonrosas.

— ¡Buena es esa! ¡Pues si usted fué quien me animó á ello!

— ¡Naturalmente! me complacía viéndole encharcarse hasta las rodillas!... Y no ha comprendido usted que me burlaba.

— Sí, lo he comprendido, no hace mucho.

— Ha sido para ello necesario sacarle á usted de

París como á un corderillo; ¡y á fe que media distancia del hotel del Louvre á Sajón-les-Bains! ¿Cree usted que me divierte llevarlo á remolque?... De cuando en cuando no digo que no, pero con interrupciones.

— Tiene usted unas bromas de muy mal gusto — interrumpió con rabia Remisof. — Con razón lo dice así la señora Slavsky.

— ¿Sí? Usted y la señora Slavsky están de acuerdo para hablar mal de mí, y también, ¿verdad? para perder á una joven honrada y pura, que ni siquiera conoce lo que es el mal — en lo cual tiene no escaso mérito la pobrecilla, porque han hecho todos ustedes cuanto era necesario para enseñárselo. — Pues bien, á fe de Ratier que no irán ustedes más allá, porque... ¡no lo quiero yo!

Remisof se encogió de hombros. Ratier le apoyó pesadamente la mano derecha en el hombro izquierdo.

— No lo quiero y no será. Es usted un hombre honrado ¿verdad? ¡no cojería usted un billete de banco del portamonedas del coronel, y, sin embargo, Dios sabe que en el portamonedas del coronel hay dinero para todo el mundo menos para él. No recojería usted un luis que se encontrase en la calle, sin devolvérselo á su dueño; le avergonzaría á usted no darle una propina á quien le presta un servicio, y quiere usted robarle á una joven su honor, el único bien que posee? ¿Es eso honrado, señor mío?

Remisof no estaba ya colérico sino sumamente humillado y respondió con un sordo gruñido.

— Me ha dicho usted que había tenido algunas aventuras ¿quién se lo ha dicho á usted? ¿cómo lo ha sabido?

— Tantos matrimonios deshechos — dijo desconcertado Remisof, — me han hecho presumir que...

— Ha presumido usted una cosa que no era, y la ha dado usted por cierta; ¿ignora usted que eso es una calumnia, y una calumnia contra un ser débil, incapaz de defenderse?

— Yo no quería perjudicarla — protestó Remisof.

— ¿De veras? ¡Tiene usted un modo singular de no querer perjudicar á la gente! Pues bien, al ver eso, yo que no soy nada ni nadie, me he propuesto defender á la inocencia; ese papel de don Quijote me sienta bien, y estoy decidido á ser un don Quijote con lanza y todo. ¿Cuándo quiere usted que vayamos al campo del honor?

— ¿Cree usted, Ratier, que es necesario?... Me hace usted comprender mis yerros... no miré nunca la cosa desde ese punto de vista... Esa joven de que habla usted, vive entre tan mala gente...; me era imposible pensar que bajo la égida de su madre y del coronel hubiese podido quedar algo de honrado en su alma. Le gusta el lujo, los trajes, los caballos; se lo dice así á quien quiere oirla; pensé entonces...; me he equivocado, lo confieso; comprendí mi error al preguntarme cuándo nos casaríamos.

— ¡Ah! — dijo Ratier, que sintió palpitarle el corazón con violencia; esperaba angustiado aquel momento al que le había costado tanto trabajo llegar.

— Sí, me lo preguntó tan francamente, tenía al mismo tiempo el aspecto de saber tan bien lo que yo iba á contestarle... Me dije en seguida que si hubiese sido lo que yo creía, no habría hablado de aquel modo. Me causó pena... no en el acto, la verdad, estaba muy irritado, pero sí muy pronto... Al fin y al cabo, Ratier, si cree usted que debemos batirnos, estoy á sus órdenes.

— Ahora ya es inútil — respondió Ratier después de un silencio. — Confiese usted, Remisof, que si yo no lo hubiese impedido, habría usted cometido una acción muy fea, se habría usted captado la voluntad de la madre, para que la dejase apoderarse de la hija... ¿es eso propio de un caballero?

Remisof bajó la cabeza; Ratier continuó:

— Tiene usted un corazón sensible; no puede usted ver á sangre fría que le peguen á un perro ¿y habría usted causado la desesperación eterna de esa joven?

Remisof empezó á castañear.

— Voy á hacerle llorar — pensó Ratier. — Tal vez habría sido usted causa de su muerte — continuó; — ¡qué remordimientos para usted, Remisof, durante toda su vida, ver el espectro de esa desgraciada víctima de sus culpables pasiones levantarse entre usted y su felicidad!

Esta salida no dejó de hacer su efecto. Al pensar que habría podido ser tan desgraciado, Remisof, al que su propio infortunio no encontraba jamás indiferente, se sintió vencido por la emoción.

— Sí, mi buen Ratier — dijo con voz temblorosa, — ha hecho usted bien en desviarme de esa perniciosa senda; no trataré nunca más de turbar el reposo de nadie; al fin y al cabo hay mujeres...

— Esas, sí — concluyó Ratier devolviéndole el apretón de manos; — con esas no cabe engaño...

—¿Y qué vamos á hacer aquí hasta que llegue la hora de marcharnos? — preguntó, ya sereno, Remisof.

— Vamos á ver jugar al coronel. Es un espectáculo curioso. Eso sólo vale el viaje. Venga usted.

Boleslas jugaba, concentrado, profundo, misterioso. No estaba ya montado sobre alambres; tenía toda la elasticidad de su juventud, aunque, desgraciadamente por poco tiempo.

Seguía su martingala, y ésta le llevaba lejos, muy lejos de la senda del honor y de la gloria. La tal martingala le había hecho perder ochocientos treinta y cinco francos, y no parecía querer economizarle el resto. Ratier se colocó detrás de él, y por encima de su noble cabeza tiró al azar una moneda de veinte francos sobre el tapete. La moneda de oro rodó hasta el número trece, en el que se paró. Boleslas fué á quitar su puesta para unirla á la de Ratier.

— ¡No va más! — gritó el banquero.

Salió el trece, y Ratier se metió modestamente setecientos francos en el bolsillo. Los que jugaban hacía una hora, le miraron de reojo. — Un aficionado no debería ganar de un modo tan insolente — decían claramente los ojos de todos colores fijos en el intruso.

Ratier no se fijó en ello y fué á encargar la comida pues ya era sobradamente tiempo de ello.

Cuando acababa de inspeccionar el cubierto, en un saloncillo á propósito, vió llegar á Boleslas con los signos de la más profunda desesperación.

— ¡Todo! — dijo el coronel acercándosele — ¡todo!

— ¡Si que nos hemos lucido, coronel! — respondió en el mismo tono Ratier — más hubiera valido no habernos movido de París.

— Sí, pero usted ha ganado, mi querido amigo — replicó insidiosamente Boleslas; — présteme usted algunos centenares de francos para continuar...

— ¡Ah, no! — ¡para continuar su martingala, no! ¡Basta ya de martingala! déjela usted para otra vez, y comamos; luego hablaremos. ¿Y la señora Slavsky?

— Creo que gana — dijo tristemente Boleslas. — Por lo menos creo ha ganado.

Vencida al fin por la necesidad de reponer sus fuerzas, entró la señora Slawsky. En el temblor de sus labios se veía que había ganado; pero, siempre prudente, se guardó de confesarlo.

— A lo sumo — dijo modestamente habré quedado en paz.

La presencia de Remisof no pareció sorprenderla; se olvidó de mostrarse asombrada de ver al coronel. Sajón es un sitio extraño, en el que las conveniencias no existen sino hasta cierto punto; es una especie de Campos Elíseos donde se esfuma la vida en un fulgor gris, donde no se vive más que para jugar. Fuera, hay tiempo de asombrarse y de mentir; delante de la ruleta, todo el mundo es sincero.

Nuestros amigos comían bastante mal; la cocina en Sajón es, como todo lo demás, una cosa nebulosa, indiferente, de la que los viajeros no conservan recuerdo alguno: sino fuese la adición, la mayoría de las veces no sabrían si han comido ó no. Así pues, el asombro de los mozos no fué poco cuando Ratier, alargándoles su plato de sopa, les dijo calurosamente: — Esta sopa tiene lo menos ocho días.

El caldo estaba agrio; era una cosa indiscutible; pero ¡hacía tanto tiempo que se servía á los viajeros caldo agrio sin que nadie lo hubiese nunca notado! Desapareció la sopa y apareció el pescado.

— Rodaballo con salsa holandesa — dijo el mozo colocando encima de la mesa una cosa blancuzca rodeada de perejil.

Si has viajado lector, de sobra lo sabrás; pero si no has viajado, has de saber que en los países más alejados del mar es donde se sirve más pescado; ¡y qué pescado! Si tienes enemigos, llévalos á Suiza y hazles comer de ese manjar.

— Llévese usted esto — dijo Ratier después de haber hecho llegar á su nariz con un ademán de la mano el oloroso humo que salía del clásico rodaballo.

Este desapareció, y disgustóle á Remisof pensar que, de continuar así, no tardarían en faltarle las fuerzas; pero Ratier le puso ante el aparato del olfato lo que había puesto en su plato y Remisof bajó la cabeza, y se calló.

Sirvieron un pollo asado.

— ¡Un pollo, señoras y caballeros, un verdadero pollo! ¡Y fíjense ustedes que no es de cartón como en las comedias!

Esto dicho, atacó al inocente animal, y cortó en un momento varios pedazos que presentó á sus compañeros de infortunio. La señora Slavsky, absorta en sus pensamientos, aceptó maquinalmente las dos alas y la pechuga que Ratier había puesto en su plato; en el momento en que Remisof iba á levantarse á protestar indignado contra la injusticia de aquel reparto, el coronel, que hasta entonces no había abierto la boca, exclamó de pronto:

— ¡La vena! ¡me siento en vena!

Al oirle, los otros tres convidados se miraron sorprendidos.

— Me siento en vena, querido Ratier; présteme usted cien francos; se los devolveré á la vuelta; ¡présteme usted cien francos por Dios y por todos los santos!